

e-ISSN: 2387-1555

DOI: <https://doi.org/10.14201/rea2021121529>

XIII CAMPEONATO MUNDIAL DE FÚTBOL COLOMBIA 1986: MEMORIAS DE UN MUNDIAL INACABABLE

*XIII Fifa World Cup Colombia 1986: Memories
of an Unfinishable World Cup*

*XIII Copa do Mundo da Fifa Colômbia 1986: Memórias
de uma Copa do Mundo inacabada*

Adrián SERNA DIMAS 

Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia

aeserna@udistrital.edu.co

Fecha de recepción: 10/09/21

Fecha de aceptación: 29/10/21

Fecha de publicación: 31/01/22

RESUMEN: El artículo presenta la designación de Colombia en 1974 como sede para el Campeonato Mundial de Fútbol de 1986 y su renuncia en 1982 con la pretensión de identificar en este episodio una manifestación más de esa tradición latinoamericana en la cual los gobiernos apelan al espectáculo deportivo moderno como un recurso para proponer unas imágenes del país que al final chocan con las profundas contradicciones y conflictos instalados en la sociedad. Aunque pareciera un episodio dormido en el pasado, la renuncia de Colombia al Mundial de 1986, un hecho inédito en la historia del certamen, reaparece periódicamente no solo para acusar a los gobiernos nacionales cuando pretenden realizar eventos de renombre sino, también, para señalar al país de su incapacidad para acometer grandes iniciativas.

Palabras clave: fútbol; política; conflicto; medios masivos; memoria social.

ABSTRACT: The article presents the designation of Colombia in 1974 to organize 1986 FIFA World Championship and its resignation in 1982 to identify in this episode this Latin American tradition in which governments appeal to the modern sports spectacle as resource to propose images of the country to collide with the deep contradictions and conflicts installed in society. Although it seems like a sleeping episode in the past, it reappears periodically not only to accuse national governments when try to carry out renowned events but also to point out to the country of its inability to undertake great initiatives.

Key words: football; politic; conflict; mass media; social memory.

RESUMO: O artigo apresenta a designação da Colômbia em 1974 como sede do Campeonato Mundial de Futebol de 1986 e sua renúncia em 1982 com o intuito de identificar neste episódio mais uma manifestação daquela tradição latino-americana na qual os governos apelam ao entretenimento esportivo moderno como recurso para propor imagens do país que acabam por esbarrar nas profundas contradições e conflitos instalados na sociedade. Embora pareça um episódio adormecido no passado, a renúncia da Colômbia à Copa do Mundo de 1986, acontecimento inédito na história, reaparece periodicamente não só para acusar os governos nacionais quando pretendem realizar eventos de renome, mas também para apontar o país a sua incapacidade de empreender grandes iniciativas.

Palabras chave: futebol; política; conflito; mídia massiva; memória social.

I. INTRODUCCIÓN: LA PANDEMIA, LA PROTESTA Y EL FÚTBOL

Colombia, 5 de mayo de 2021. La pandemia por coronavirus no da tregua. Para ese día se registran 14.806 nuevos contagios y 388 decesos, para un total de 2.934.611 contagios y 76.015 decesos en el curso de quince meses. Casi la totalidad del sistema de salud pública está colapsado, mientras los epidemiólogos no dan esperanzas de ningún retroceso de la situación cuando menos hasta julio. Las calles mientras tanto están empezando a arder. La insistencia hasta último momento del gobierno nacional en una reforma tributaria mal recibida por diferentes sectores, la convocatoria a un paro nacional por las centrales obreras y la brutal represión oficial a las protestas más recientes han exacerbado los ánimos en todo el país. A la debacle sanitaria, económica y social provocada por la pandemia se suma una polarización política que no da tregua, tanto más ante el desgaste de un gobierno que las mayorías no quieren ver más y unas fuerzas políticas antagónicas que se saben en una coyuntura estratégica para sus aspiraciones de poder en las elecciones de ejecutivo y legislativo que tendrán lugar en el 2022. Pero este 5 de mayo, en el mes decimoquinto de la pandemia, como cualquier otro día en una época cualquiera, el presidente de la República ha reiterado solemnemente que la Copa América, el campeonato de selecciones nacionales de fútbol más antiguo del mundo, se realizará en el país, ojalá con público en las graderías.

Para los que bien miran al gobierno, la Copa América es una oportunidad para la reactivación económica de las diferentes ciudades sede del evento, para dinamizar las grandes obras públicas, para atraer turistas, fanáticos y periodistas para favorecer a los sectores de la producción más golpeados por meses de confinamiento: restaurantes, bares y hoteles. Para los opositores al gobierno, la Copa América no solo es un despropósito en términos sanitarios y financieros sino una simple fachada para ocultar la tragedia económica y social del país y la vulneración sistemática de los derechos humanos perpetrada por las fuerzas policiales. Finalmente, quince días más tarde, en medio de un incendio colectivo recorriendo campos y ciudades, el gobierno nacional decide tirar la toalla: la Copa América no será. Como casi no llega a ser la última que organizó el país veinte años atrás, que estuvo al borde de la suspensión. Como no fue el XIII Campeonato Mundial de Fútbol Colombia 1986, que siempre aparece para el recuerdo en circunstancias como estas. El Mundial que no fue sigue sucediendo intacto en su no realización, siendo parte de nuestra memoria social. Las evidencias de este Mundial son el objetivo de este texto.

Precisamente para la indagación de la memoria social del Mundial de Fútbol «celebrado» en Colombia se apeló a una metodología de corte histórico-antropológico que permitiera, por un lado, interrogar el material hemerográfico y archivístico como fuente primaria y, por otro, interrogar cuánto de este material efectivamente correspondió con las acciones institucionales o las prácticas efectivamente acometidas por diferentes agentes sociales, entre ellos, políticos, funcionarios y periodistas, en medio de diferentes circunstancias históricas y contextos político-sociales en el curso del tiempo. Obviamente hay una reivindicación al uso del self del investigador, dentro de las modalidades de indagación antropológica que reconocen a la memoria autoetnográfica, esto es, la memoria vivida, como recurso para la investigación social (Collins y Gallinat, 2010).

II. LAS NUEVAS MULTITUDES

Durante décadas el país midió a las multitudes con base en los espectáculos de plaza pública de siempre, es decir, con base en las procesiones, mítines y desfiles encabezados por curas, obispos, políticos y militares. Por mucho tiempo los candidatos a la presidencia del país decidían apostar su suerte en las urnas luego de contar el número de apadrinados en cada temporada de bautizos y, cuando las aspiraciones eran serias, metiéndose en las tardes de toros de cada comienzo de año para escuchar rechiflas y ovaciones. En una de esas tardes taurinas de 1956 un dictador descubrió en los abucheos en contra de su hija el tamaño de su popularidad y no dudó un instante en perpetrar ahí mismo una matanza. Solo de vez en cuando algún espectáculo novedoso desafiaba a estas multitudes de siempre, atrayendo a cualquier paraje o descampado de las ciudades a los públicos más heterogéneos, a unas masas curiosas de todos los talantes, desde las beatas

de iglesia hasta los políticos de directorio. El espectáculo podía ser por cuenta de algún piloto aventurero perdido en las brumas de los Andes, de pronto por algún peleador cualquiera sacado de los bares alrededor de los barrios pobres de Ciudad Panamá que adentrándose por el río Magdalena alcanzaba en cada puerto o caserío el título de campeón mundial de boxeo.

Pero las cosas empezaron a cambiar cuando a la par, con la urbanización desaforada de las ciudades, se fueron haciendo patentes unas masas urbanas desconocidas hasta entonces, menos apegadas a las rutinas de aldea, más afectadas por la modernidad. La puesta en escena inicial de estas nuevas multitudes habría que buscarlas en el caso de Bogotá en los nacientes estadios, en el de la Ciudad Universitaria primero, en el Estadio El Campín después, inaugurados para el IV Centenario de Fundación de la ciudad en 1938. No obstante, las nuevas multitudes solo aparecerán en todo su esplendor en esa masa de curiosos bogotanos que se agolparon a contemplar a John F. Kennedy y su esposa Jackie en los remotos potreros de Techo en diciembre de 1961, cuando estos vinieron a predicar en contra del comunismo en medio del auge de la Alianza para el Progreso. También estas nuevas multitudes aparecerán esplendorosas en esas masas de creyentes llevados hasta la exultación, también hasta el paroxismo, mientras perseguían al mismísimo Giovanni Battista Enrico Antonio María Montini, su santidad el papa Pablo VI, para cuya visita en agosto de 1968 no solo fue necesaria crear nuevas avenidas sino incluso un parque entero. En el Templete eucarístico se reunieron más de 600 mil personas en una sola jornada, la tercera parte de toda la población de la ciudad en un mismo sitio. Sin duda fue esta correría del papa por el país, por la ciudad de Bogotá, el momento cumbre del Frente Nacional, más aún cuando su anfitrión fue el Partido Liberal en el gobierno. Detrás de todo había un cambio estructural en la naturaleza del mundo público, que insertaba al espectáculo de masas como dispositivo en la invención de las identidades urbanas, en lo que jugará un papel determinante el fútbol (Pazó y Serna Dimas, 2003; Villena Fiango, 2003).

III. LAS ILUSIONES DE UN MUNDIAL

Con el papa, quién lo duda, había llegado el auténtico espectáculo de masas, ese del que se puede decir que no solo congrega gentes de manera masiva e indiscriminada, sino que concita la atención de los medios de comunicación con un cubrimiento sin pausa ni contención que traspasa fronteras. Con el espectáculo de masas en la ciudad de Bogotá se puso sobre el tapete no solo la vieja cuestión de la popularidad de los políticos, al estilo de las tardes de toros, sino esa idea de la imagen del país en el exterior. No era una cuestión del todo novedosa: las sociedades o culturas en el tiempo y el espacio se han formulado la pregunta sobre cómo las perciben los de afuera y, en el caso de nuestros países, con unas elites históricamente especialmente sensibles a las apariencias, la cuestión no ha sido menor. La diferencia era que ahora esta imagen no era una impresión ocasional

de un viajero o una nota en un diario de campo derivada de alguna situación accidental de la que las gentes tendrían noticia si al caso muchos años después. Esta imagen, por primera vez, estaba en la televisión, en vivo y en directo, para todo el mundo. La progresión de la tecnología televisiva como medio de exposición del país habría de advertirse como una nueva suerte de foro. El paso de Pablo VI por Colombia nos puso a todos en la televisión. La invención del mundo público moderno, tal cual la plantea Sennett (1978), trajo consigo la irrupción de una portentosa memoria protésica (*prosthetic memory*), tal cual la plantea Landsberg (2004), esa que nos crea una imagen propia con base en un pasado profusamente intervenido por la mediación tecnológica. No será casual por ello que el ascenso de medios como la televisión coincida con el eclipse de los monumentos en la calle, hasta entonces los recursos privilegiados para tramitar la identidad con el pasado. Para que esto sea posible, nada mejor que un deporte masificado y comercializado (Vamplew, 2019).

La internacionalización de la televisión en los años sesenta le advirtió a los gobiernos que nada mejor para mostrar la imagen pretendida de un país que hacerse a algún evento que atrajera a los medios, fuera un papa dispensando bendiciones a una masa de creyentes o una competencia deportiva congregando a una masa de hinchas. No fue casual por esto que los países latinoamericanos, con unos desajustes cada vez más ostensibles, con unas democracias cada vez más estrechas, se convirtieran en anfitriones predilectos de eventos televisados. El ejemplo extremo de lo que podía hacer el evento televisivo por propagar la imagen que pretendía un gobierno había quedado en evidencia en los malhadados días de Tlatelolco donde la imagen radiante actuó paradójicamente como la sombra de una masacre. La imagen, en este caso, es la lápida que oculta: no lo que muestra, sino lo que encripta y que dispuesta para la mirada conduce lo encriptado a quien la contempla. El espectador se hace parte del secreto que oculta el espectáculo (Anderman y Rowe, 2005; Didi Huberman 2021).

La idea de que Colombia podía organizar un campeonato mundial de fútbol prácticamente apareció tan pronto el papa Pablo VI se embarcó de regreso a Roma. En esos días, el presidente de la Federación Colombiana de Fútbol, Alfonso Senior Quevedo, en su esfuerzo por robustecer el reconocimiento de su organización en medio de las disputas con otra organización deportiva, la Asociación Colombiana de Fútbol, decidió explorar directamente con el presidente de la República, Carlos Lleras Restrepo, el apoyo que el país estaría dispuesto a brindar para solicitarle a la Federación Internacional de Fútbol Asociado FIFA la sede de un futuro campeonato mundial de fútbol. Colombia, pensaba la dirigencia, era el destino natural de la próxima cita mundialista a celebrarse en América, como quiera que el campeonato ya había sido celebrado en Uruguay, Brasil y Chile, se aprestaba a celebrarlo México y, en un futuro inmediato, lo celebraría la Argentina, como lo dispuso el 35.º Congreso de la FIFA reunido en Inglaterra en 1966. La propuesta colombiana con el aval del gobierno de Lleras Restrepo se presentó

inicialmente ante el Comité Ejecutivo de la FIFA reunido en junio de 1970 en Ciudad de México (Editor El Tiempo, 1972: 2C).

La iniciativa de la dirigencia deportiva tuvo buena aceptación en la FIFA y recibió igualmente el espaldarazo del gobierno entrante de Misael Pastrana Borrero, el último del denominado Frente Nacional, el 7 de agosto de 1970. El Frente Nacional fue un acuerdo político suscrito entre el partido liberal y el conservador que contemplaba la alternancia en la administración del Estado en un periodo que se extendería entre 1958 y 1974. Este acuerdo, si bien permitió superar la violencia entre los partidos políticos, no obstante, hizo oídos sordos a las crecientes contradicciones nacionales al tiempo que desconoció o restringió las posibilidades de otros partidos o movimientos políticos. El costo del acuerdo no solo fue el incremento de los conflictos sociales sino el distanciamiento de las clases políticas con las bases sociales, asunto agravado en el gobierno de Pastrana Borrero por las acusaciones que pesaban en su contra por fraude electoral y por la contención o simplemente la supresión de políticas que su antecesor había avanzado en temas como el agrario. Pero las elecciones de mitaca de 1972, destinadas a renovar los cuerpos legislativos regionales o locales, que implicaron la derrota contundente de los partidos o los movimientos de oposición, sobre todo del partido del contendor de Pastrana Borrero en las elecciones presidenciales, le dieron un respiro al gobierno. Era la hora de poner el poder en escena (Anderman y Rowe, 2005).

En este nuevo ambiente, el gobierno de Pastrana Borrero, por medio del Decreto 1082 del 21 de junio de 1972, dispuso la creación del Comité Pro-Campeonato Mundial de Fútbol de 1986 y declaró como de interés nacional la solicitud que haría Colombia ante la FIFA para obtener la realización del certamen. Este Comité estaría conformado por representantes directos del presidente, por varios ministros del despacho, por el director del Instituto Colombiano de la Juventud y el Deporte y por los miembros directivos de la Federación Colombiana de Fútbol. A propósito del Decreto, el presidente de la Federación, Alfonso Senior Quevedo, señaló que Pastrana Borrero «era el presidente de los deportistas» (Editor El Tiempo, 1972: 2C). La propuesta colombiana apuntaba a un Mundial con doce ciudades sede: Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla, Cartagena, Santa Marta, Manizales, Pereira, Armenia, Ibagué, Bucaramanga y Cúcuta. La propuesta incluía la construcción de nuevos estadios en las ciudades que los requirieran, el mejoramiento de estadios en las ciudades que los tuvieran y, en la ciudad de Bogotá, un portentoso estadio monumental absolutamente nuevo con capacidad para 100 mil espectadores. Se proponían igualmente las obras necesarias para garantizar conexiones aéreas y terrestres, servicios telefónicos y telegráficos y las tecnologías de avanzada para que estuviera garantizada la transmisión del evento por parte de los medios de comunicación de todo el mundo. Obviamente se dispuso un trabajo promocional con un libro y un breve documental sobre el país, que serían presentados en las fechas en las cuales la FIFA estaría decidiendo el futuro de las postulaciones. Esta propuesta fue formalizada ante Sir Stanley Rous, el presidente

de la FIFA, con el aval de un poderoso dirigente suramericano, el brasilero João Havelange, los dos amigos cercanos de Senior Quevedo.

Casi un año después, en mayo de 1973, la FIFA dispuso la Comisión de Visita que debía corroborar las ciudades y la infraestructura propuesta por Colombia, así como establecer el cuaderno de cargos que debía atender el país en materias técnicas, financieras y logísticas para garantizar la realización satisfactoria del certamen. La Comisión quedó conformada por Harry Cavans, de Irlanda, Helmut Reidel, de la República Democrática Alemana, y Ramón Coll, de Costa Rica. De la misma manera, el país quedó notificado que la sede para el Mundial de 1986 no sería decisión del Congreso de la FIFA sino del Comité, lo que ciertamente afianzaba las expectativas colombianas, como quiera que esto reducía el lobby necesario para obtener el certamen. También la FIFA anticipaba que, «tratándose de un país subdesarrollado necesitaba mayor tiempo de adecuación y preparación» (Editor El Tiempo, 1973: 2C). Las expectativas fueron mejorando con el pasar de los meses, en la medida que cualquier potencial rival suramericano declinó sus aspiraciones para sumarse a las de Colombia. El único temor sería la eventual postulación de los Estados Unidos como sede candidata, que justo en esos momentos, tenía a diferentes empresas decididas a promover y masificar el fútbol en un país donde este no era una de las disciplinas deportivas más atractivas, aunque ciertamente ella había adquirido cierto realce luego del Mundial de Inglaterra en 1966 y, sobre todo, tras la aparición del Cosmos de Nueva York –que desataría todo un fenómeno futbolístico en el país con la vinculación de Pelé en 1975 y la de Beckenbauer en 1977.

El día 9 de junio de 1974, a pocos días de que rodara el balón en el X Campeonato Mundial de Fútbol en Alemania, todo parecía advertir que Colombia sería elegida la sede del torneo para 1986. Ese día arribaron al Hotel Airport, en la ciudad de Frankfurt, los representantes del Comité Pro-Campeonato: Óscar González del Ministerio de Hacienda, Humberto Zuluaga del Instituto Colombiano de la Juventud y el Deporte, Alfonso Senior, Jorge Guzmán y León Londoño de la Federación Colombiana de Fútbol y Alejandro Uribe Escobar, este último como embajador de Colombia en Alemania. Los diferentes miembros del Comité señalaron a la prensa que el informe de la FIFA era altamente favorable a las expectativas colombianas y que tenían la convicción de que la sede le sería otorgada definitivamente al país (Quevedo, 1974: 10B; Peláez, 1974: 10A).

En efecto, el 10 de junio de 1974, el presidente de la FIFA, Sir Stanley Rous, anunció formalmente que Colombia había conseguido el derecho de ser el país organizador del XIII Campeonato Mundial de Fútbol. Los representantes del Comité celebraron la designación con alborozo, señalando que la propuesta colombiana y el informe de Comité de Visita habían dado suficientes garantías a la FIFA de que el país tenía las condiciones para la realización del certamen. Algunos de los miembros resaltaron que un criterio fundamental de la organización para tomar esta decisión fue el hecho de que Colombia era un país de ciudades, lo que permitía que la responsabilidad del certamen no recayera en una sola autoridad,

sino que se distribuyera entre varias distintas (García, lunes 10 de junio de 1974: p. 1A y 19A). La reacción más entusiasta fue la de Senior Quevedo, quien temblando de alegría declaraba ante los medios: «Es el día más feliz de mi vida. Siento una profunda alegría por mi país y estoy seguro que este sabrá cumplir con creces su misión [...] Ahora empieza lo esencial. Una labor constante durante doce años para realizar el verdadero logro de una organización impecable, digna de nuestro país» (García, 1974: 1A y 19A). Como lo dijera el periodista Hernán Peláez en aquel entonces, la consecución no requirió mayor inversión: mientras México había tenido que invertir 700 mil dólares en el proceso de hacerse a la sede, Colombia solo había tenido que invertir 70 mil. No obstante, advertía el periodista, esto era apenas una cuota inicial, había que trabajar mucho, porque lo que venía no era nada fácil (Peláez, 1974: 10A; 1974a: 2C).

Uno de los más complacidos con la designación de Colombia fue el propio presidente Pastrana Borrero, quien encontró en ella la ratificación del buen estado del país y de su prestigio ante el extranjero (García, 1974: 19A). Este tipo de declaración obviamente chocaba con la realidad: los indicadores sociales del país resultaban abrumadores en contra de cualquier optimismo, las contradicciones sociales estaban en aumento y la agitación social era cuestión de cada día. Para diferentes sectores sociales, la consecución de la sede del Mundial, justo en los días finales de su mandato, bien podía aparecer como la cortina de humo que necesitaba Pastrana Borrero para encubrir un periodo de carestías, pobreza, malestar social y represión bajo la figura del estado de sitio (Editor Alternativa, 1974: 16).

IV. LA PROMESA PERDIDA DEL FRENTE NACIONAL

Alfonso López Michelsen tomó posesión el 7 de agosto de 1974 como el primer presidente post frentenacionalista recogiendo a su alrededor las expectativas tanto de diferentes sectores sociales y políticos que no se sintieron representados en el acuerdo bipartidista como del propio liberalismo que entendía que este, a pesar de sus devaneos ideológicos, era de las entrañas del partido. Pero progresivamente la base social de López empezó a sentirse decepcionada por un gobierno que no solo pactaba con los representantes del viejo bloque liberal y conservador sino que además traía una agenda que se consideraba que no tenía cómo atender las verdaderas urgencias nacionales. Adicionalmente, frente a las prevenciones que suscitaba el Mundial en muchos de estos sectores, López decidió lanzarse en su apoyo expidiendo el Decreto 1482 del 24 de julio de 1975 mediante el cual creó la Comisión Nacional de Evaluación del Campeonato Mundial de Fútbol 1986, conformada por un representante del Presidente de la República, los ministros de Educación, Relaciones Exteriores y Hacienda y Crédito Público, el Jefe del Departamento Nacional de Planeación, el director del Instituto Colombiano de la Juventud y el Deporte, el gerente de la Corporación Nacional de Turismo y tres representantes de la Federación Colombiana de Fútbol, cuya tarea fundamental

era realizar los estudios sobre las formas de realización del evento. La Comisión, no obstante, solo se instaló formalmente el 10 de agosto de 1976. De cualquier manera, este nuevo empujón al Mundial coincidió con una bonanza cafetera que ciertamente prometía una mejora importante de los ingresos nacionales. Pero las expectativas se fueron pronto a la baja cuando la bonanza iniciada en 1975 desapareció en 1977 y el manejo económico planteado por el gobierno, dirigido ante todo a favorecer a los propios cafeteros en detrimento de los ingresos oficiales, no favorecía de ninguna manera iniciativas como las grandes obras públicas que debían ser acometidas si se pretendía tomar en serio la iniciativa mundialista. En adelante, el denominado «Mandato claro» pierde toda claridad, expuesto a una economía insolvente frente a las contradicciones sociales y a una agitación social que desembocará, finalmente, en el paro nacional de septiembre de 1977, que no solo fue el desenlace definitivo de López Michelsen con sus bases sino también el penoso ocaso de su mandato.

El 7 de agosto de 1978 asumió la presidencia otro liberal, Julio César Turbay Ayala, quien decidió enfrentar la intensificación de la agitación social con medidas represivas que pronto pusieron a Colombia en los titulares de la prensa internacional. En medio de la grave situación económica que atravesaba América Latina, que se hace sentir en Colombia, Turbay Ayala señaló que resultaba imposible que el gobierno colombiano asumiera la totalidad de los costos del Mundial de 1986 e hizo un llamado para que los empresarios se vincularan a la causa. Es, en estas circunstancias, que, con el liderazgo del Grupo Santodomingo y del Grupo Gran-colombiano, se conformó la Corporación Colombia 1986, por medio de la cual se buscaría que la iniciativa privada se sumara a la organización del Mundial de Fútbol acometiendo obras específicas o recaudando recursos que permitieran financiar los diferentes frentes que exigía el torneo. El gobierno dispuso incorporar en su plan de desarrollo algunas obras con futuro al Mundial, como la construcción del nuevo estadio en Barranquilla prometido desde 1972 o remodelar el estadio de Ibagué (Castellanos, 1972: 4B).

Los primeros estudios financieros del certamen salieron a la luz pública en 1980. El informe presentado en ese año por la Universidad Nacional señaló que la inversión del país para realizar el Mundial superaría los 13 mil millones de pesos, lo que ameritaría toda una reforma tributaria que le permitiera al gobierno hacerse con los impuestos necesarios para sufragar el evento, lo que desató la preocupación de diferentes estamentos del país (Editor El Tiempo, 1980: 4A). En un ambiente de agitación social y tensión política, cualquier aumento de impuestos con destino a sufragar un certamen que, por popular que fuera, no dejaba entrever claramente beneficios económicos y sociales concretos, bien podía conducir a un escenario catastrófico para el gobierno. Pero el panorama se tornaría más complejo cuando desde 1980 se empiezan a evidenciar una serie de negocios cuando menos anómalos al interior del Grupo Gran-colombiano, lo que de inmediato saltó las alarmas en la integridad misma de la Corporación Colombia 1986. En 1982 la ANIF publicó un nuevo estudio financiero del certamen que, con proyecciones

de costos aún más altas, no obstante asimilaba a este como una inversión con posibilidad de recuperación en el tiempo (Anif, 1982). A pocos días de iniciarse el XII Campeonato Mundial de Fútbol en España, los medios colombianos entrevistaron al presidente de la FIFA, João Havelange, quien insistió en que Colombia debía encarar el Mundial como lo habían hecho México y Argentina, estos últimos incluso con un cronograma bastante más limitado. Insistió igualmente en que el país había desperdiciado tiempo precioso, como quiera que la sede le había sido otorgada seis años atrás (Editor El Tiempo, 1982: 3D).

V. LA RENUNCIA DEL MUNDIAL, EL MUNDIAL AL QUE NUNCA HEMOS RENUNCIADO

Al interior de la FIFA los escasos avances de los colombianos condujeron a que diferentes personajes asumieran que el país no iba a cumplir con sus compromisos y, por tanto, empezaran a realizar contactos de bajo perfil, por no decir que encuentros cuasi clandestinos, con comités, empresas o personajes de otros países que habían mostrado de tiempo atrás su interés por organizar el campeonato. Las sospechas de la FIFA y el desinterés de los colombianos se hicieron palpables en el año del XII Campeonato Mundial de Fútbol en España: la FIFA hizo todo lo posible por evitar cualquier mención a Colombia y por involucrar colombianos en cualquier acto relacionado con el certamen y los colombianos a su vez no mostraron el más mínimo interés por vincularse con la FIFA ni con el comité organizador español. Desde la tarde del 11 de julio de 1982, cuando los italianos alzaron la copa en el estadio Santiago Bernabéu de Madrid, empezaron a correr 120 días, que era el tiempo dispuesto por el Comité Ejecutivo de FIFA para que Colombia presentara los informes técnicos, financieros y logísticos de su campeonato (Editor El Tiempo, 1982: 3D). En Colombia, mientras tanto, la Federación Colombiana de Fútbol y la Corporación Colombia Mundial 86 esperaban que el nuevo presidente de la República, el conservador Belisario Betancur Cuartas, tomara posesión del cargo el 7 de agosto de 1982 y desde allí fuera más preciso en relación con el compromiso del gobierno para con el evento, más aún en medio de las circunstancias que rodeaban al Grupo Grancolombiano. A la Federación y a la Corporación le preocupaban las alusiones del nuevo gobierno respecto a que el Mundial no se veía realizable o que, si lo fuera, solo podía ser con capital privado (Jaimés, 1982: 1A y 1D).

De cualquier manera, entre el final del Mundial de España y la posesión del nuevo presidente Betancur las cosas fueron a peor, como quiera que los ojos de la prensa internacional se dirigieron a la sede de la próxima justa sacando a flote las imágenes más catastróficas de Colombia, desde las del país donde las plazas de toros se desplomaban matando a cientos –hacían alusión a la terrible tragedia de las corralejas en Sucre, el 20 de enero de 1980–, hasta las de la aldea con olor a café, cocaína y bala (Santos Calderón 1982: 1A y 1D). Como dijera Santos Calderón:

De lograrse la sede, es la imagen misma, la reputación total de Colombia, esa inescrutable república de democracia, guerrilla y droga, la que está en juego. Tendremos como fieles espectadores a la tercera parte de la humanidad, la más grande teleaudiencia del mundo, calculada en 1500 millones de personas para el Mundial-82 (Santos Calderón, 1982: 1D).

Con el correr de los días, en medio del inmovilismo de la causa en Colombia, los rumores sobre las intenciones de los Estados Unidos dejaron de serlo para convertirse en una posición cada vez más pública y oficial. El 9 de agosto de 1982 tuvo lugar en el Giant Stadium de Nueva York el célebre partido de estrellas de la FIFA conocido popularmente como el partido Europa vs. Resto del Mundo. El espectáculo de masas que supuso el partido, la cantidad de gente en las tribunas, la magnitud del estadio, las atenciones dispensadas a la plana mayor de la FIFA y el lobby de personajes como Henry Kissinger, del que bien se sabía en América Latina cómo acostumbraba a conseguir sus objetivos, pusieron de manifiesto que Estados Unidos iba detrás del Mundial de 1986. Pero no estaba solo: el propio Brasil de Havelange estaba interesado en hacerse también con certamen (Santos Calderón, 1982: 1D, Editor El Tiempo 1982: 5D). En esas circunstancias, Alfonso Senior Quevedo, quien había sido parte fundamental de la consecución del Mundial en 1974, mostró toda su desazón con los acontecimientos:

Sería uno de los golpes más terribles de mi vida que ahora renunciaríamos a ese derecho [a hacer el Mundial]. Sería terrible que después de tantos años de lucha, a veces completamente solo, en ocasiones ante la más absoluta indiferencia de las esferas gubernamentales, otras con un sólido respaldo como el que me brindó el expresidente Misael Pastrana Borrero, pero siempre con el firme propósito de hacer realidad el Mundial del 86 para Colombia, sería una desilusión enorme que todo nuestro trabajo se perdiera. /Y que se entienda que no sería yo el perdedor, sino todo el pueblo colombiano el perdedor, porque nunca nos repondríamos del desprestigio que significaría que por primera vez en la historia, un país no se sintiera capaz de organizar un campeonato mundial de fútbol (Posso 1982: 2C).

En estas circunstancias, el lunes 25 de octubre de 1982, en una alocución televisiva, Betancur Cuartas anunció oficialmente que Colombia, ante las exigencias exageradas de la FIFA y los costos que ellas implicarían para los ciudadanos, renunciaba a organizar el Mundial de Fútbol de 1986 (Acosta, 1982: 1C; Clopatofsky, 1982: 1B). En las esferas del gobierno se decía que las exigencias en hoteles, limusinas, ferrocarriles, vuelos aéreos y otros lujos, no se compadecía con las necesidades de hospitales, escuelas y carreteras que tenía el país. Con esto se acabó la alucinación de casi dos décadas, en boca de un presidente recién llegado, con buena parte de la opinión pública a su favor, que incluso se atrevía a proponer amnistías a la subversión contrariando a una cúpula de militares y policías acusada de perpetrar las peores barbaries en nombre de la seguridad nacional. En cualquier caso, para algunos, el anuncio del Premio Nobel de Literatura para el escritor Gabriel García Márquez, el 21 de octubre de 1982, fue en buena medida el

acontecimiento que necesitaba el gobierno para atenuar el impacto de la renuncia. Una compensación a la resignación, alma bendita.

La decisión del gobierno de Betancur en general fue bien recibida por diferentes sectores sociales, que entendieron que en las circunstancias en las que se debatía el país un Mundial de Fútbol era un despropósito:

los gremios, las centrales obreras, y demás fuerzas vivas del país, comenzaron a expresar al Presidente su respaldo por la medida. Aun los mismos promotores del Mundial como Senior y demás dirigentes del fútbol, fueron incapaces para expresar alguna crítica a la decisión del Presidente, cuyos argumentos fueron diáfanos y evidentes (Clopatofsky, 1982: 1B).

No pasó lo mismo con la FIFA, que pese a que no tenía mayores expectativas con Colombia, no dejó de reprocharle el hecho de que pretendiera inculparla de extravagante cuando el país no había tenido la disciplina fiscal ni financiera necesaria para honrar su compromiso de hacer el Mundial. Hermann Neuberger, presidente de la Federación Alemana de Fútbol, vicepresidente de la FIFA y responsable de supervisar la organización de los campeonatos mundiales, así como René Courte, Jefe de Prensa de la organización, señalaron que Colombia tenía que haber emprendido desde su designación un plan a largo con ahorros e inversiones que le permitieran asumir el certamen, pero que el país definitivamente no lo hizo (Clopatofsky, 1982: 1B).

Con el paso de los días las razones del gobierno nacional salieron a la luz de manera bastante más precisa. Los costos iniciales que el gobierno nacional proyectó para el Mundial fueron de 5 mil millones de pesos. Pero cuando apareció el cuaderno de cargos de la FIFA esos costos fueron pulverizados porque las exigencias en realidad oscilaban entre los 70 y los 100 mil millones de pesos –en algunos casos incluso se llegó a tasar por la exorbitante suma de 160.660 millones de pesos (Clopatofsky, 1982: 1B)–. En acomodamientos se exigían 15 mil habitaciones de hotel adicionales a las que tenía el país, lo que implicaba una inversión de entre 40 y 53 mil millones de pesos para una necesidad que, era evidente, solo podía ser temporal o de ocasión. En transportes se exigían nuevos tendidos y mejoramientos férreos, lo que implicaba una inversión de 20 a 30 mil millones de pesos, justo en un momento donde los Ferrocarriles Nacionales de Colombia estaban en la peor de sus crisis y hasta estaban en trance de embargo por sus acreencias –«este rubro ni siquiera se comentó por su evidente imposibilidad de cumplirlo»–. En comunicaciones se exigía una red de micro-ondas y un mejoramiento de los canales de transmisión, lo que implicaba una inversión de 4.200 millones, esto en un país que era resistente a la incorporación de nuevas tecnologías y que incluso conoció de protestas por la introducción de la televisión a color. En infraestructura deportiva se exigían 12 estadios para 40 mil espectadores, 4 estadios para 60 mil espectadores y 2 estadios para 80 mil espectadores, lo que implicaba una inversión cuando menos de 1.300 millones de pesos, tan provisional como las fanáticas regulares del fútbol colombiano. Lo más barato era la seguridad, que apenas

ascendía a 305 millones de pesos (Editor El Tiempo, 1982b: 1C). La organización del Mundial de Fútbol bien podía costar la mitad del presupuesto nacional que para la vigencia 1982 ascendía aproximadamente en 266 mil millones de pesos.

Como lo había dicho en su momento el gobierno nacional, todo este dinero que se pretendía entregar a particulares en un certamen internacional bien se invertiría mejor en hospitales, escuelas, carreteras y escenarios deportivos que tanta falta hacían en el país. Ahora, el gobierno nacional pretendió morigerar en algo su incapacidad o impotencia en materia de espectáculos de masas señalando que aunque no haríamos el Mundial de Fútbol con las 24 selecciones, como lo pedía la FIFA, los colombianos sí teníamos cosas que esperar de las ejecutorias oficiales en materias futbolísticas. Primero, el gobierno nacional haría todos los esfuerzos por establecer una selección de fútbol permanente del país que participara en competiciones internacionales. Segundo, el gobierno nacional garantizaría la construcción de canchas de fútbol en todos los parajes pobres y abandonados del país. Tercero, el gobierno nacional se preocuparía por mejorar el estadio del Barrio Olaya en Bogotá. Cuarto, y más importante, el gobierno nacional se comprometía a terminar de una vez por todas la construcción del nuevo estadio de Barranquilla para organizar en su inauguración un «Mundialito» con un conjunto de selecciones amigas (Editor El Tiempo, 1982b: 1C). Al final no tendríamos un Mundial, pero sí nuestro Mundialito.

VI. CONCLUSIONES

El XIII Campeonato Mundial de Fútbol Colombia 1986 no tuvo cómo suceder, quedó sepultado en una alocución presidencial en la noche del lunes 25 de octubre de 1982 para, desde allí, seguir a pesar de todo sucediendo hasta nuestros días. Después de casi dos décadas de reuniones, acuerdos, comisiones y visitas, el espectáculo de masas que estaba llamado a mostrar la imagen del país del Frente Nacional efectivamente la mostró, pero no como se esperaba: lo que al final salió a los medios masivos del mundo fue un país absolutamente pobre, exportador de drogas, copado por la violencia, que tenía a una clase dirigente tan absurda que, en medio de circunstancias tan penosas, pretendía hacer un mundial de fútbol. Esa es la cruel paradoja que arrojó nuestro XIII Campeonato Mundial de Fútbol, que se repite de tiempo en tiempo, como en este de pandemia: nuestras clases dirigentes pretendiendo hacer ostentación del país que ellos piensan terminan en su tozudez mostrando el país que ellos tienen. En 1974 fue Misael Pastrana Borrero, en el 2001 su hijo Andrés, en el 2021 Iván Duque Márquez. Y vienen más.

Finalmente, el Comité Ejecutivo de la FIFA se reunió el 20 de mayo de 1983 en Estocolmo para designar como nueva sede del campeonato mundial a México, que realizó el que para muchos es el mejor campeonato mundial de fútbol de la historia con toda la apoteosis *maradoniana*. Mientras tanto a los Estados Unidos, que terció hasta el final por hacerse el campeonato, con ese extraño comité

conformado por Henry Kissinger, Pelé y Beckenbauer, el Comité Ejecutivo de la FIFA le prometió el certamen cuando este regresara a América en 1994, como efectivamente sucedió. Eso sí, el gobierno de Colombia no dudó en cuidar su imagen expresando su satisfacción por la nueva sede:

Excelentísimo señor, Miguel de la Madrid, Presidente de México, México D.F.
Apreciado presidente:

Con profunda satisfacción registro decisión FIFA al designar a México como sede para realización Campeonato Mundial Fútbol 1986, lo que constituye alto honor para su país que en anterior oportunidad ya lo hizo con singular brillo. Los colombianos nos sentimos orgullosos de que sea México el que nos haya reemplazado en la ejecución de este evento internacional, al tener que declinar esa responsabilidad que nos había sido confiada. Estoy seguro México hará nuevamente honor a su ganado prestigio y su éxito regocijará a todos los países hermanos de América. Cordialísimas felicitaciones, Belisario Betancur, Presidente de Colombia (Editor *El Tiempo*, 1983: 17A).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta, R. (1982). Confirmado. No al Mundial. En: *Diario El Espectador*, martes 26 de octubre de 1982, p. 1C.
- Andermann, J. y Rowe, W. (2005). The power of images. En: Andermann, J. y Rowe, W. (eds). *Images of power. Iconography, culture and State in Latin America*. Nueva York: Berghahn, pp. 1-13.
- Asociación Nacional de Instituciones Financieras Anif (1982). Propuesta para el mundial 86 en Colombia. Un mundial autofinanciado. Bogotá: Asociación Nacional de Instituciones Financieras, 69 p.
- Castellanos, G. (1972). Estadio para 50 mil personas tendrá Barranquilla. En: *Diario El Tiempo*, domingo 25 de junio de 1972, p. 4B.
- Collins, P. y Gallinat, A. (2010). The ethnographic self as resource: an introduction. En: Collins, P. y Gallinat, A. (eds.) *The ethnographic self as resource. Writing memory and experience into ethnography*. Nueva York: Berghahn Books, pp. 1-22.
- Clopatofsky, J. (1982). Respaldo total a la renuncia. En: *Diario El Tiempo*, miércoles 27 de octubre de 1982, p. 1B.
- Didi-Huberman, G. (2021). *Lo que vemos, lo que nos mira*. Buenos Aires: Manantial.
- Editor Alternativa (1974). ¿De qué se ríe?. En: *Revista Alternativa*, lunes 8 de julio de 1974, p. 16-17.
- Editor El Tiempo (1972). De interés nacional. En: *Diario El Tiempo*, sábado 24 de junio de 1972, p. 2C.
- Editor El Tiempo (1973). Mundial de 1986. Designada comisión visitadora. En: *Diario El Tiempo*, viernes 25 de mayo de 1973, p. 2C.
- Editor El Tiempo (1980). El mundial y la afición. En: *Diario El Tiempo*, martes 9 de septiembre de 1980, p. 4A.
- Editor El Tiempo (1982). Havelange invita a Colombia a trabajar. En: *Diario El Tiempo*, miércoles 9 de junio de 1982, p. 3D.

- Editor El Tiempo (1982a). Aumentan posibilidades de que EE.UU. realice Mundial-86. En *Diario El Tiempo*, 9 de agosto de 1982, p. 5D.
- Editor El Tiempo (1982b). ¿Por qué no hubo Mundial?. En: *Diario El Tiempo*, domingo 31 de octubre de 1982, p. 1C.
- Editor El Tiempo (1983). México hará el Mundial de 1986. En: *Diario El Tiempo*, sábado 31 de mayo de 1983, p. 17A.
- García, R. (1974). Colombia, sede. En: *Diario El Tiempo*, lunes 10 de junio de 1974, p. 1A y 19A.
- Jaimes, H. (1982). Peligra el Mundial-86. Apoyo del gobierno es necesario. En: *Diario El Tiempo*, lunes 14 de julio de 1982, 1A y 1D.
- Landsberg, A. (2004). *Prosthetic memory: the transformation of American remembrance in the age of mass culture*. Nueva York: Columbia University Press.
- Pazó, L. y Serna Dimas, A. (2002). Lo público como universo simbólico: aproximaciones desde una interpretación cultural del deporte. En: *Boletín de Antropología*, n.º 33, pp. 25-53.
- Peláez, H. (1974). Mundial 1986. Colombia tiene asegurada la sede, que hoy oficializa la FIFA. En: *Diario El Tiempo*, domingo 9 de junio de 1974, p. 10A.
- Peláez, H. (1974a). La sede, un reto. En: *Diario El Tiempo*, lunes 10 de junio de 1974, p. 2C.
- Posso, M. (1982). Senior y Londoño. Pasado, presente y futuro. En: *Diario El Tiempo*, domingo 8 de agosto de 1982, p. 2C.
- Sennett, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Editorial Península.
- Quevedo, A. (1974). Mundial de fútbol de 1986. Colombia a la ofensiva. En: *Diario El Tiempo*, sábado 8 de junio de 1974, p. 10B.
- Quevedo, A. (1974a). Colombia hará el Mundial 1986. En: *Diario El Tiempo*, lunes 10 de junio de 1974, p. 10B.
- Santos Calderón, E. (1982). Peligra el Mundial-86. Duda a todos los niveles mundiales. En: *Diario El Tiempo*, lunes 14 de julio de 1982, 1A y 1D.
- Vamplew, W. (2019). The commodification of sport: exploring the nature of the sports products. En: *International Journal of the History of Sport*, vol. 35, n.º 7-8, pp. 1-14.
- Villena Fiango, S. (2003). El fútbol y las identidades. Prólogo a los estudios latinoamericanos. En: Alabarces, P. (comp.) *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: Clacso, pp. 21-35.

